

La poesía de Ricardo Peña.

Hoy, Ricardo Peña, prosigue su carrera poética, en los mundos que le son propios. Con apacible serenidad, podemos decirle desde la tierra, algo de lo que pensábamos cuando lo veíamos discurrir entre nosotros, con ese ademán ausente con que nos persuadía de su predestinado destino poético. Todos estábamos convencidos de que Ricardo Peña, era dueño de la materia divina, que manejaba como tesoro que no se fuera a extinguir nunca. Sin límite y sin cronología, nos exhibía este maravilloso caudal, como desprendido de algún poema nórdico orlado de anchurosas flores de leyenda. Por eso su vida transcurrió fuera de toda pena. En ella los minutos se consumían como ambrosía grata a los dioses, para retornar transformados en notas impalpables, en discretos interludios y en páginas poéticas que tapizarán con magnificencia rutilante, todo un anchísimo aposento de nuestra poesía.

Nunca comprendió el apresuramiento, como razón de existir. Todavía lo recuerdo, cuando entre sus palabras fluentes como páginas de Heráclito, hablada con tranquila pasión—la más sabia, la superior—de la vida, y de la forma necesaria de salvarla *fugándose en el éxtasis*. Se ausentaba frecuentemente de entre nosotros: envidiábamos su capacidad para abandonar el mundo con ufanía tan impaciente. Pero de su viaje regresaba, siempre, con alguna preciosa vianda espiritual. Y por ello, casi sin proponérselo,

fué en realidad, el lírico más fecundo de la joven poesía peruana. Nacido en 1896, nadie podría reparar en la distancia física que lo separaba de la última generación literaria. Ricardo Peña era *poeta joven*, y lo habría sido hasta hoy día, si la muerte no hubiera formulado su objeción definitiva, en un neblinoso día del mes de Julio del año de 1939.

Vario y novedoso en su acento, Ricardo Peña, sorprende de palabra en palabra y de semilla en flor. Nos place, por ejemplo, recordar su libro primigenio, como uno de esos admirables telones, con paisajes *fin de siglo*, con frondas que se entreabren para hacer surgir glorietas literarias de un primor incalculable. A través de los surtidores antiguos, vemos avanzar la figura poética de Ricardo Peña, el año de 1924. "Floración" se llama su primer libro. "Estas poesías representan en síntesis, los instantes más bellos, los más puros de mi juventud", confesaba en su primera página. Las había escrito, años atrás, en 1918 y 1919, cuando entre ese mundo alborotado y pujante de la vida universitaria, llegaba a su alma la llamada definitiva del amor. Su voz gozaba del acento juvenil presto a llegar al madrigal con fragancia de flores despiertas. Los compases que marcan esta etapa de su vida, incluyen un ramillete de nocturnos en su *bouquet* sentimental:

"Noche honda y callada
matizada de estrellas
noche plena de rosas
bellas

Los jardines dormidos
en un silencio grave;
y el corazón ya listo para el vuelo
con las alas tendidas como un ave".

Pero estas estrofas son a la manera de dibujos primitivos, con que se borronean las horas alternas de los estudios. El artista enamorado de los verdaderos y misteriosos remanentes de la poesía, se sumerge bajo esta superficie encantada, para reaparecer cargado de riquezas, sólo ocho años después. "Eclipse de una Tarde Gongorina y Burla de Don Luis de Góngora" tiene ciudadanía bibliográfica el año de 1932. El lapso intermedio es ¿de negación? ¿de abulia? ¿de trabajo intenso? El conocimiento de muchas páginas inéditas del poeta, nos dará la clave de su derrotero espiritual. En persona había ordenado estos papeles, como preveyendo que cualquiera irsuta circunstancia, podría truncar la fragilidad inestable de su vida. Allí se encuentran más de una docena de poemarios como una biografía sangrante de su pasión. En el primero de estos libros, "Gracia y Diseño de las Horas" se adivina el esfuerzo hecho por el poeta, para librarse de la perspectiva romántica, e ingresar hacia una estancia de serenidad:

"Yo llevo a Dios, me veo en tu alma
Y escucho a Dios en mí, lágrima y calma".

Son versos de una materia profundamente enamorada. La mujer, en estos días, es altísima y, al mismo tiempo, cercana. Dialoga con ella en una metafísica, llena de sencillez:

"¿Conoces lo insondable
mi pequeña adorable?

Insondable es el mar
el campo
el cielo.

Insondable el anhelo de amor
que me domina.

Insondable la luz de tu sonrisa”.

Vive en las calles de La Punta, la playa pedregosa y el mar juvenil; luego, Chorrillos. Una idea religiosa, lo rodea con sabor a página de devocionario:

“Virgen del Aire. Virgen del Aire
Los ojos graves, los pies alados.
Todas las tardes, descalza, bajas
en un concierto de enamorados....”

En la segunda parte de “Gracia y Diseño de las Horas”, se acentúa un *tono de ingenuidad*, que después se haría escuela poética en el Perú, con suerte diversa. Las filigranas de una infantil alegría son trazadas pulcramente:

“Como una cabrita de oro
se pone el mar a brincar,
cuando te mira pasar.”

Las flores alzan el vuelo
de puntillas sobre el mar.

El campo
es un torbellino
de margaritas azules
y luceros verde mar....”

Más breve es “Camino de Sal”, escrito entre 1924 y 1926. Lo planea el poeta, en días en que alterna sus expectativas líricas, con el ejercicio de su profesión jurídica. El

ambiente literario limeño había evolucionado bastante. En 1922, Enrique Peña, el hermano del poeta, había obtenido la Rosa de Oro en unos Juegos Florales que significaron un cambio de frente en nuestro mundo lírico. Nuestro profesorado de San Marcos se renovaba con la incorporación de inquietos elementos de la generación reciente. El legado de “Colónida”, iba a recogerse con ventaja en las rotundas páginas de “Amauta”. El bullicio de las escuelas renovadoras de la vieja Europa, ya se percibía con perfecta claridad. En este ambiente, la poesía de Ricardo Peña se torna imaginista, y así lo acusan los acentos de “Camino de Sal”. Leves rezagos *egurenianos* son superados, inmediatamente, por notas estridentistas, aunque de un estridentismo limitado por la natural sobriedad del autor:

“La pobrecita
cayó de bruces en el estanque
tamborileando con sus patitas
bajo las ondas.

Soñaba ser como los gansos
—lobos de mar y tierra firme
almirantes sin espadines,
ni charreteras.

—La tortuguita!

Todavía recuerdo la algazara
de los viejos nautas,

qué carcajadas. . . .”

Aparece, un poco, la sonrisa irónica de Jules Renard, entremezclada a esguinces vanguardistas. Sin embargo, el

poeta reconoce la inestabilidad de esta técnica, y los últimos poemas de este libro son de una virilidad desgarradora:

“Cuando todo se va por la pendiente oscura
y el cielo que anduvimos se ha perdido
y el campo es mar inmóvil
y la luna y el sol, marfiles muertos
entonces, ¿qué es lo que esperamos?....”

Y más adelante:

“Angustia de las olas
Todo el dolor del hombre
lo trasudo, yo solo.....”

Esta muralla de pesimismo tiene, por virtud, las alegres puertas de luz, que invitan la brillantez de sus umbrales, al atormentado viajero. Una es “El Alba en los Ojos” (1926), y la otra “La Torre del Mar y la Higuera” (1924-1925). En la primera de estas dos muestras poéticas, Ricardo Peña, logra sin proponérselo una manifestación primigenia, en el Perú, del Hai-Kai, que más tarde ensayaría, con éxito, Alberto Guillén:

“El camaleón
en el jardín de la mañana
arbola
los siete velos del iris en la cola.”

En otras ocasiones, está más cerca de la íntima ternura del poema japonés, como en esta obra maestra de sintetismo expresivo:

“Cómo te aman los pájaros!
Si yo pudiera ser como ellos!
—Niños que de puntillas cuchichean
en las granjas rosadas de tus pechos!”

La jugosa mateperrada de los versos del Alberti de “Marinero en Tierra” está trasladada por artes maravillosas a “La Torre del Mar y la Higuerita”. Se inicia bullicioso:

“Embajador del aire quiero ser
de la higuerita ante el sol.

—Embajador.

A dónde vas, niño desnudo
de prisa por el mar?

—Parto a ser condecorado
por el sol—¡Embajadooooooooor!

pero, como el mismo dice, es “meditativo y silencioso” y pasa, rápidamente, como en disonancia melódica, a una canción en voz baja, plena de intimidad:

“Un cielo de primavera
se abría como un rosal.

En un rincón, la higuerita,
soñaba, ya, con el mar.
En la plaza
los chiquillos
cantaban la soledad”.

En los años de 1927 a 1929, dentro del clima ideológico

que creó "Amauta", Ricardo Peña se dejó ganar por esta emoción aunque, su temperamento romántico, lo llevaba a la proclama literaria:

"Me escupen los ojos
vilipendian los otros
mi soledad vencida.

Alegre, alegre como un niño.

En mi pecho se agolpan
los pájaros que no han tenido nidos.

Los ríos
que no tuvieron cauces.

Los hombres
que no han tenido madres.

Llevo los dedos llenos de cantos y
luciérnagas.
No he nacido, Oh amigos en la selva.
He venido del alba y soy como una flor
abierta a la tristeza."

"Instancia de la Angustia" (1931), contiene poemas de madurez en la forma y en el dolor. Habla de la "amarga sangre de la sal del cielo" y, más adelante, añade esta idea breve como un *rubay*:

"No tiene el día libertad más pura
que la que nace de tus ojos muertos.

Por ella, tierra, mar, la misma rosa
hacen interminable su lamento"

También, descubre la materia del elogio, con una elegancia bizantina, de un bizantinismo recluso y aromoso:

“Pequeño sol se hacía cuando hablaba
pequeño río cuando sonreía,
pequeño mundo cuando no cantaba...”

El Canto II de este libro, acusa lecturas clásicas españolas, interferidas con pinceladas de pintura francesa de comienzos de siglo. Allí se descubren unas líneas perdurables, de valor extraordinariamente autobiográfico:

“Tengo el sueño alegre,
la mirada triste.

Bienhaya el que no se abaja.

Bien hayas
desgracia, espanto
fiebre, mentiras.

Bienhaya
el que tendido vive
en callado señorío”.

Después de un silencio que lanzaba su curva desde el año de 1924, “Eclipse de una tarde Gongorina” hace su ingreso a nuestra bibliografía, en los primeros meses del año de 1932. El magistral dominio de la técnica que se aprecia en sus tercetos; la capacidad de poseer a Góngora dentro de moldes antiguos y modernísimos; la inesperada sensualidad verbal albergada en sus páginas atrajo la atención de inmediato. Alfonso Reyes, el gran maestro mejicano en cuestiones gongorinas, acogió con excepcional cordialidad

esta sorpresa literaria. Ricardo Peña abría la puerta de su silencio con llave enjorada. Mal año para la publicación de poesías, 1932 presenciaba intranquilidades políticas, y la crítica no tuvo oportunidad de pronunciarse sobre su mensaje, como hubiera correspondido. Acababan de ausentarse las tres revistas de cultura: "Amauta", "La Nueva Revista Peruana" y "Mercurio Peruano", hoy resurrecto.

Sobre "Eclipse de una Tarde Gongorina" se podría escribir un tratado de Anatomía Poética, y también otro de Fisiología. Ricardo se nos presenta como un *neo-gongorino*, impregnado de sensualidad de todo límite: sensualidad de color, de línea, de tacto, de música, de sexo:

"En malva azul tendida niña
geranio de ojos de gacela
sobre el cristal de la campiña.

La pierna corre por la arena
—lebril de espuma que despide
la nalga limpia azul morena.

Es negro el pelo que le encinta
desde la nuca hasta el ombligo
—azul morena y verde en pinta.

Fulgor de aristas y querubes
jugando a solas con el sexo
se van los ojos por las nubes".

Es un momento crucial en el derrotero del poeta. Entre diversos caminos seguirá el soleado y cantarino sendero del romance. Antes de ingresar a él, dirá todavía algunas frases en "Lucimiento y Desvelo". El poeta viaja ha-

cia Río de Janeiro y vive en la *ciudad maravillosa*, algunos meses, desempeñando un cargo diplomático. El rutilante mar de las costas del Brasil, queda en su canto:

“Buscaba la alegría del mar
en mis cabellos.
La noche transparente de sus ojos
el mar.

Buscaba lo escondido del mar.
en mi sonrisa;
el alba luminosa de sus dientes
el mar”.

Cuando el poeta regresó de Río de Janeiro, trajo de regalo para su hijita, entre otros juguetes, un romancero de nubes. Su “Discurso de los Amantes que vuelven” abría un abanico de siete romances. Corría el año de 1934, y Ricardo escribía a la niña ausente:

“Damita mía que vienes
a despertar mi silencio.
Damita de un cielo blanco,
rubia como un largo beso.

Naciste un día de júbilo
cuando el sol era una lámpara
que alumbraba mi camino
todo velado de lágrimas....”

y así continuaban las estrofas. José Jiménez Borja, desde las columnas de “La Prensa”, reconoció que Ricardo Peña había remozado el romance. Hacía, verdaderamente, *flor*

nueva de romances viejos, como hubiera dicho Menéndez Pidal. Sin haber vacilado en otros campos, es en el romance donde encuentra su plenitud. Es una flor tenue, pero de vida altísima, destinada a perfumar el más amplio patio de la poesía peruana.

El poeta se desespera, cuando encuentra la palabra limitada para expresar su intención estética. Entonces se entrega a su obra pictórica de acentuada tendencia literaria, donde hace gala de magníficas imprecisiones de fuga, y prósperos documentos psicoanalíticos. Años en que ensaya la crítica, ordena su producción poética y prepara una exposición. El teatro lo llama, y en un medio sin resonancias, como el nuestro, deja para estrenarse, una vasta labor. Podemos recordar: "Bandolero Niño", "Pétalo Narciso", "La Primera Imagen", "La Virgen del Mar", "Campos de Hermosura", "Canción del Atardecer" y "El Angel y la Tierra".

Así llegamos al año 1938, en que circunstancias de la vida llevan al poeta a parajes inhóspitos. Su fibra bohemia enfrenta con naturalidad la nueva aventura, y con ironía muy suya, Ricardo Peña nos sorprende con la publicación de un nuevo libro impreso en el Amazonas. Este "Romancero de las Sierras" es como una ofrenda múltiple de amistad. Hay colorido y emoción del paisaje:

"Jaquita blanca que hube
alquilado esta mañana,
tu asciendes de nube en nube,
yo de campana en campana...."

Intimamente el poeta se siente cada vez más solo, en su distancia irremisible. Por eso sus últimos versos que integran "El Cántico Lineal" o "Eco de la Luz", son de an-

gustia furibunda. Toda la experiencia de una larguísima ternura se vierte en ellos. Ya no es materia en mudanza, sino dolor mortal:

“Quien eres tú
que hoy trenzas este cielo con mis manos?

Recien abiertas hoy, casi muertas?
Cuándo dijo la fuente que volvías?
Cuándo la flor habló que moriríamos?...”

O cuando con dulce privanza, expresa una ternura domañada, que pone entre sus dientes elogios primitivos y dulces:

“Soledad pequeña en que me envuelvo.
Suena la voz de Dios en esta hora
que dilata el silencio de tu voz.

Gozoso me arrancaría de los ojos
una lágrima, para cubrir tu desnudez.

Tan lejos del centro de mi vida....”

A medio diálogo, en la iniciación de una pausa, Ricardo Peña abandonó de improviso el aposento terrenal. Su paso fué natural, ignorado, urgentísimo. Cuando sus amigos quisieron despedirlo, había ya franqueado ese lindero fugaz, sobre cuya materia descansa la estabilidad de la vida. Gran poeta, no traicionó, en ningún instante su vocación alucinada, y su muerte fué un bello sacrificio a la idea que no terminará nunca.

1943

LUIS FABIO XAMMAR.